

Fiesta de la Exaltación de la Cruz -14 de Setiembre - Jn. 3, 13-17



Este domingo celebramos la fiesta de la Exaltación de la Cruz. Dicho así, puede resultar chocante para quien entienda que hablamos de alabar o ensalzar la cruz, un sufrimiento atroz de los condenados a muerte sin ningún derecho en los tiempos de Jesús; o de poner en alto tantos sufrimientos de hermanas y hermanos de hoy, los crucificados por el hambre, la violencia, el olvido indiferente, la enfermedad, la miseria, por describir sólo algunos de los tantos dolores de nuestro mundo.

El Dios de Jesús no exalta el sufrimiento de su pueblo: todo lo contrario. Se acerca, se abaja, ve, escucha el clamor de los oprimidos y suscita enviados para aliviar, para curar, para caminar juntos hacia una tierra de libertad. Es la misión de Jesús de Nazaret, el Dios hecho compañero de camino, que se hace tan cercano a nosotros como jamás hubiéramos podido imaginar. Él asume todo lo nuestro, sienta a su mesa a los que la sociedad rechaza, nos propone una fraternidad siempre más amplia e inclusiva, llama felices a quienes son capaces de vivir y servir desde la gratuidad, pone en el centro a cada persona por sobre cualquier otro interés... Siempre con una mirada capaz de ver lo que los poderosos desprecian por ineficaz y con los gestos oportunos para *samaritanejar*, -al decir del Papa Francisco-, la vida más frágil.

Sabemos que Jesús no negocia este modo de vivir y de amar aunque tenga como consecuencia enfrentar la muerte y muerte de cruz. Por eso el Padre lo exalta, como dice el canto de Filipenses. Exalta al Crucificado, no la cruz que lo crucifica. Pone en alto a Jesús, resucitándolo, porque fue capaz de amar desde el lugar de los últimos, sin guardarse nada para sí. Exalta al que se abajó sin condiciones, para que todos podamos ver en Él la fuerza del amor de Dios que abraza y salva, sin retroceder ante la injusticia que crucifica y que es capaz de matar.

Que al poner en alto al Crucificado Resucitado, podamos renovar nuestra fe en su amor más fuerte que toda forma de mal; en la fuerza de la Resurrección que habita nuestra historia, que puja por abrirse paso en cada gesto solidario y amable, en cada esfuerzo por tejer vínculos de cuidado y dignidad, en cada decisión de volver a empezar tras las caídas y los errores. Y que podamos crecer en la capacidad de empatizar con tantos hermanos y hermanas que cargan pesadas cruces, luchando al modo de Jesús para aliviar lo más posible el sufrimiento, poniendo de pie la vida.

Carina Furlotti